

bienes mundanos se transforma en ambición por realizar buenas acciones, el miedo a las personas y cosas del mundo se transmuta en temor reverente a perder el premio inmenso de las bendiciones y de la hermosa situación postrera, y así con todas y cada una de las pasiones humanas. Las pasiones, por tanto, esconden en realidad los atributos divinos, y cuando son transmutadas devienen los altos valores humanos que dignifican el género humano.

Los rituales propios de la tradición sufí, anclados en la revelación muhammadí, expresada en el Corán y en la vida del Profeta, contienen en sí mismos la fuerza de esta necesaria transmutación. Por ejemplo, por citar sólo alguno, el ritual de la peregrinación a la *Kāba* en la Meca nivela al rico y al pobre, o en términos calderonianos iguala cetros y azadones, pues durante la circunvalación al cubo (la *Kaaba*) todos se despojan de sus ropas y visten con una tela blanca, siendo imposible reconocer al rey y al súbdito, pues ante el misterio fundamental de la Realidad última todos los humanos son iguales, diferenciándose únicamente por su elevación espiritual, pero no externamente por su rango mundanal. Sin embargo, el ritual es sólo una prefiguración necesaria de la vida futura, pues cuando vuelven a su vida cotidiana continúa el gran teatro del mundo, cada uno con su papel, pero ahora con más conciencia y menos asimiento a lo efímero y perecedero que no tiene duración más allá de la función representada.

¡Que se haga prueba de mi metal!

En la comedia *Medida por Medida* vemos que los dones que las personas llevan en su interior se manifiestan a través de las pruebas a las que son sometidas. Shakespeare dice, por boca

del sabio personaje del Duque, que el cielo pone virtudes en nuestro interior para que resplandezcan en el exterior, y que la naturaleza sólo forma grandes almas para grandes proyectos. Así, cuando el Duque deja su cargo provisionalmente a su sustituto Ángelo a modo de experimento, para ver si el poder es capaz de cambiar su aparente y sobria virtud, este le dice como mera formalidad que espere a que se haga prueba de su metal antes de acuñar en él tan noble y elevada efigie⁵¹. Y como se verá más adelante en la obra, el encargado sustituto resulta ser un fraude y su moral falsa, pues utilizará el poder prestado para intentar satisfacer su sensualidad, aunque al final humillará su alma ante la verdad.

Shakespeare, una vez más, demuestra ser conocedor de las más altas premisas metafísicas, que de manera magistral expone sutilmente en medio de situaciones cotidianas. El tema de los dones que cada persona alberga en su interior corresponde a la premisa metafísica coránica según la cual cada cosa del mundo es creada en el ámbito no manifestado, y después es conducida progresivamente a manifestar todo su potencial. La afirmación de que las virtudes son ‘puestas por el cielo’ en el interior del ser humano y que la prueba hace ver la calidad del metal, implica que Shakespeare aceptaba la premisa metafísica de la predestinación, por la cual cada ser del mundo es creado para manifestar unos dones y no otros, y por la cual unos seres son potencialmente más virtuosos que otros. Y estos dones potenciales se manifestarán, es decir, se actualizarán a través de la realización espiritual, pues la misma palabra ‘realización’ implica la idea de dotar de realidad actual algo que lo está solo en potencia. La realización espiritual del ser humano, por tanto, no tiene que ver con crear desde la nada, sino con la progresiva manifestación de algo dado de antemano.

51 Cf. W. Shakespeare, *Medida por medida*, Acte I, Escena I.

En otra obra shakesperiana, *El Rey Lear*, vemos la misma premisa metafísica, concretamente en las palabras del noble Kent, cuando asombrado ante tal disparidad de caracteres entre las hijas de Lear, eso es, entre Cordelia, la hija menor de corazón leal y amor sincero a su padre, y sus otras dos hermanas, ambiciosas y crueles, dice que debe ser cosa del destino, de las estrellas de lo alto, las que gobiernan nuestro modo de ser; pues si no, concluye el noble, es inconcebible que una misma pareja pueda engendrar tan diferente progenie⁵². De estas palabras se deduce, por tanto, que Shakespeare asumía la premisa metafísica según la cual la naturaleza profunda de cada uno, en este caso las hijas de Lear, viene predeterminada antes del nacimiento. Y en otro pasaje de la misma obra leemos que la naturaleza de los viles no les permite discernir su propia vileza por contraste con la virtud: se trata del diálogo entre el duque de Albania y Goneril, una de las hijas que se levantan traidoramente contra su padre el rey Lear, pues le dice el duque a la cruel Goneril que el buen juicio y la bondad a los viles les parecen viles, y que las suciedades sólo gustan de sí mismas⁵³.

Esta misma idea la encontramos en los escritos sufíes. En Ibn 'Arabī, por ejemplo, leemos el siguiente pasaje del capítulo de *Los Engarces de las sabidurías (Fuṣūṣ al ḥikam)* referido entre otros temas al símbolo del perfume:

“Del mismo modo, la particular naturaleza del escarabajo hace que lo incomode el olor de la rosa, que es uno de los mejores olores que existen. Aquel cuya naturaleza sea parecida se siente incómodo ante la verdad cuando la escucha, y sin embargo disfruta con el mentiroso. Es lo que Él ha dicho: <<Y aquellos que creen en el mentiroso y que no creen en Dios>> (Cor. 29, 52). Y los ha descrito

52 Id., *El rey Lear*, Acto IV, Esc. III.

53 Cf. W. Shakespeare, *El rey Lear*, Acto IV, Esc. II.

como dirigiéndose a su propia pérdida: <<Esos son los perdedores, que han perdido sus propias almas>> (Cor. 6, 12). Aquel que no sabe distinguir el mal olor del bueno está desprovisto de toda capacidad de percepción”⁵⁴.

En el segundo capítulo de la misma obra, Ibn ‘Arabī relaciona el profeta Set (hijo de Adán) con el tema de los dones divinos. La concesión de Ser, el mismo hecho de existir, es un don del que participan todas las criaturas. Pero además, y aquí el Šayḥ al-Akbar aborda un tema delicado, los dones que recibe cada persona, sean materiales o espirituales, están predeterminados por su propia preparación. Por eso las oraciones que conllevan una petición son atendidas a veces sí y a veces no. Sin embargo esto no implica que no deban efectuarse peticiones, pues hay dones cuya concesión depende de que se haga la petición, pero la concesión de aquello que se demanda viene siempre predeterminada por la propia preparación. En palabras del maestro murciano:

“El Donador es Dios en tanto que guardián de los tesoros que están en Él. No sale nada de Él más que <<en una medida conocida>> por mediación del Nombre correspondiente: Y Él confiere a todo Su creación”⁵⁵.

Ibn ‘Arabī se refiere aquí a la respuesta que Moisés dirige al Faraón cuando le pregunta quién es su Señor:

“Dijo: Nuestro Señor es Quien ha dado a cada cosa su existencia y luego la ha guiado”⁵⁶.

Es decir, según esta afirmación, primero la cosa es creada en el ámbito no manifestado y después se ponen los medios necesarios para que llegue a manifestarse y desarrollarse

54 Ibn ‘Arabī, *Los Engarces de las Sabidurías*, p. 276.

55 *Id.*, p. 40.

56 C. 20: 50.

plenamente. Pero solo podrá manifestar aquello que es en sí misma, eso es, sus posibilidades positivas ocultas. Cabe apuntar aquí que el término *Rabb*, que habitualmente se traduce quizás de forma abusiva como ‘Señor’, tiene una significación más profunda que la de simple relación amo-servidor, pues vemos en este pasaje que el término implica también la idea de ‘guía’ (*bādī*), que conduce todos los seres a manifestar plenamente el potencial para el que han sido preparados.

Cada ser del mundo, por tanto, ya se trate de un ser ‘inanimado’ o ‘animado’, posee una naturaleza esencial, que lo determina y condiciona en su constitución. Esta noción es fundamental para entender la brecha que a menudo separa el deseo y el destino. Shakespeare explica este punto de forma sublime en el texto de *Hamlet* en que el Actor Rey escenifica el crimen del Rey Claudio. Dice el Actor que el deseo y el destino van por caminos tan diferentes como para hacer fracasar nuestros propósitos. Porque los propósitos salen de nuestros pensamientos, y nuestros pensamientos son nuestros⁵⁷. Es decir, Shakespeare alude aquí al hecho fundamental de que los deseos fruto de la pasión del momento no tienen por qué coincidir con los dones que según la preparación propia a cada uno le están destinados. Así, el sufrimiento consiste en esta distancia entre lo que uno desea y lo que a uno le toca fruto del destino. Sólo, como se verá, uniendo el propio deseo a la Voluntad del corazón se obtiene la paz.

Esta premisa de la predestinación, aceptada por Shakespeare, Calderón y los sufíes, afecta también al ámbito de la justicia. Ibn ‘Arabī dice que la misma noción de justicia implica algo dado de antemano en base a lo cual se ejercen los veredictos y se toman las decisiones; es decir, cuando alguien juzga un asunto está condicionado y determinado por la naturaleza de la cosa que juzga. La Justicia verdadera

57 Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Esc. II.

nunca es arbitraria, sino que otorga a cada cosa aquello que le corresponde, aquello que demanda desde lo más profundo de su ser. En palabras del maestro andalusí:

Aquel que debe tomar una decisión sigue en realidad el caso que le está sometido, en virtud de lo que implica la esencia de este último, de modo que el objeto de la decisión es, por lo que encierra, el juez de su juez, que lo juzga según eso⁵⁸.

En Shakespeare encontramos esta misma noción de justicia absoluta, no relativa, en varios lugares de su extensa obra. Por ejemplo, en las palabras que el ambivalente rey Ricardo II, posteriormente destronado, dirige a dos contendientes, pues dice que sus ojos y sus oídos están guiados por la imparcialidad, y ni que fuera su propio hermano quien se sometiera a su sentencia, decidiría según la justicia imparcial requerida, por encima de cualquier consideración de parentesco, pues el respecto al cetro es mayor⁵⁹. Y en otras obras, el dramaturgo establece el cetro como símbolo terrenal y temporal del poder divino y eterno. En resumen, pues, incluso la justicia está sometida al objeto de sus sentencias, es decir, el juez lo único que hace es dar lo que demanda la naturaleza esencial del ser que es juzgado, la cual viene dada.

Esta premisa metafísica de la predestinación tiene importantes implicaciones que deben tenerse en cuenta en relación al tema de la realización espiritual. La preparación de cada uno es lo que posibilita y a la vez delimita su grado espiritual, lo que implica que existe una jerarquización de grados. Esta idea de un escalonamiento de los hombres por grados según su elevación espiritual tiene su fundamento en

58 Ibn 'Arabī, *Los engarces de las sabidurías*, p. 139.

59 Cf. W. Shakespeare, *Ricardo II*, Acto I, Esc. I.

la premisa de la realidad espiritual del profeta Muhammad, conocida como ‘realidad muhammadiana’ (*ḥaqīqa muḥammadiyya*) o Luz Muhammadí (*Nūr muḥammadī*), a la que el sufí se acerca progresivamente. En base a la idea de ciclo profético de la humanidad, de acuerdo a la cual han existido ciento veinticuatro mil profetas, se considera al profeta Muhammad como el último de la cadena, y por ello se le conoce también como el ‘Sello de la profecía’ (*Jātam al-nubuwwa*), pues finaliza y sella el ciclo de revelaciones. Según esto, la realidad muhammadí es lo que primero que fue creado en el orden de la manifestación, y los diferentes profetas han sido una concreción en el espacio y el tiempo progresiva de esta realidad hasta alcanzar su plenitud en la figura histórica del profeta Muhammad. Por ello también, la media luna, tendiente a la compleción, es símbolo del Islam, pues indica un proceso, eso es, el religioso de la humanidad, que tiende a completarse. Así, el grado de proximidad a la realidad divina pasa por el de acercamiento a esta realidad espiritual del Profeta.

Pero aún hay más, esta premisa de la propia preparación, afecta también al ámbito de la creencia, y nos lleva a la noción fundamental de ‘creyentes primordiales’, es decir, gentes que son creyentes desde la eternidad, lo sepan o no. Dice el Šayḥ al-Akbar:

“El que es creyente en el estado de no-manifestación, donde permanece el principio de su ser, será manifestado con esta forma en su estado de existencia. Dios sabe lo que él es y lo que será en su existencia”⁶⁰.

E incluso aunque en esta vida primero aparezca un creyente primordial como pareciendo un idólatra, tarde o temprano se manifestará su calidad esencial, como por

60 Ibn ‘Arabī, *Los Engarces de las sabidurías*, p. 137

ejemplo pasó con Umar, uno de los califas sucesores del Profeta, que antes de asumir la fe unitaria era considerado idólatra. Rūmī, narra este acontecimiento refiriéndose al pasaje coránico que explica cómo a Adán se le dio el conocimiento de todos los Nombres:

“En su alma (en la de Adán) recayó el nombre de cada cosa tal cual existe esa cosa hasta el fin. Ninguna denominación que se le daba fue cambiada: aquel a quien llamó ‘listo’ no llegó a ser ‘perezoso’. Quien será un creyente al fin, esto lo veía él desde un principio; quien será un infiel al fin, a él le fue manifestado esto. [...] Aquí el nombre de Umar era ‘idólatra’, pero en el *Alast* (la primera existencia) su nombre era ‘creyente’ ”⁶¹.

En contraposición a los ‘creyentes’, por tanto, están los ‘velados’ (*kāfirūn*), es decir, aquellos que rechazan o ‘velan’ los signos divinos que se les presentan, por evidentes que sean, aunque como dice Ibn ‘Arabī lleguen a reconocer su verdad intrínseca:

“Y solo los incrédulos rechazan Nuestros Signos⁶², es decir, los disimulan, aunque los conocen, por celos, estrechez espiritual y malevolencia”⁶³.

Al principio del Corán, encontramos un importante pasaje cuya interpretación no deja lugar a dudas respecto a lo que aquí se habla:

“Ésta es la Escritura, exenta de dudas, como dirección para los temerosos de Dios, que creen en lo oculto, hacen la azalá y dan limosna de lo que les hemos proveído.

61 J. Rūmī, *Mathnawī*, vol. I, Municipalidad Metropolitana de Konya, p. 108 (versos 1236-1238).

62 Ibn ‘Arabī cita aquí la aleya 29:47.

63 Ibn ‘Arabī, *Los Engarces de las sabidurías*, p. 107.

Crean en lo que se te ha revelado a ti y antes de ti, y están convencidos de la otra vida. Ésos son los dirigidos por su Señor y éstos los que prosperarán⁶⁴”.

El hecho de que el Corán, como dice este pasaje, esté dirigido a aquellos que ya son creyentes y que practican los rituales propios de la tradición sorprende de entrada, pues surge la pregunta de por qué si alguien ya cree debe leer y poner en práctica ningún libro sagrado. La respuesta está relacionada con el carácter vivificador de la religión: porque el Corán, o cualquier libro sagrado en definitiva, no es para convertir a nadie, pues según la premisa comentada no se puede, y de ahí la aleya que se encuentra más adelante: “No cabe coacción en religión”⁶⁵. Esta aleya y otras similares refuerzan la idea de que el creyente primordial lo es en su constitución misma, y que el Corán y las tradiciones de sabiduría proporcionan un camino, una guía, un método para actualizar lo que ya está en el interior. La semilla de la creencia debe florecer y realizarse, pues no es suficiente una simple creencia intelectual. La religión es vivificada cuando se entiende que no es una imposición sino un medio necesario para la realización espiritual. Merece ser citada aquí la definición de los creyentes aportada por otro de los grandes del sufismo, Jalaluddin Rūmī:

“Algunos hombres han obedecido a la razón hasta el punto de haber llegado a ser ángeles perfectos y luz pura: son los profetas y los santos. Están libres del temor y de la esperanza. <<Están al abrigo de todo temor y no se les puede entristecer.>>⁶⁶ En otros la concupiscencia se ha impuesto

64 C. 2: 2-5.

65 C. 2: 256

66 Rūmī cita aquí C. 10: 62.

de tal modo a la razón que se han convertido en animales;⁶⁷ otros, finalmente, han permanecido en conflicto. Estos últimos son gentes que guardan en su corazón una pena, un dolor, un gemido y un pesar y que no están satisfechos de su propia vida: son los creyentes. Los santos los esperan para hacerles alcanzar su <<morada>>. Los hacen ser como ellos. Los demonios esperan igualmente para atraerlos hacia ellos y hacia los abismos”⁶⁸.

Sin embargo, es a través de la prueba como la distinción entre lo puro y lo impuro saldrá a la luz. Dice Rūmī que hace falta largo tiempo para que se muestre bien a las claras la conciencia más íntima de un hombre, en lo más y en lo menos, si por debajo del muro de su cuerpo hay un tesoro o si hay allí morada de serpiente y hormiga y dragón⁶⁹. Y en la tragicomedia shakesperiana *Troilo y Crésida*, inspirada en el sitio de Troya que Homero cantó en su *Iliada*, dice Agamenón, el general de los griegos, que si bien la buena fortuna emparenta al audaz y al cobarde, al sabio y al necio, al docto y al inculto, al duro y al blando, en cambio el viento del infortunio separa lo que es leve, y lo que tiene peso o entidad subsiste en toda su excelencia y sin mixtura⁷⁰.

En Calderón de la Barca encontramos esta idea en *El gran mercado del mundo*, cuando el Padre de familia da un talento [moneda antigua] a cada uno de sus hijos, el buen y el mal genio, y les dice que vayan al gran mercado a emplearlo, pues así advertirá, a través del modo de vivir de cada uno, quien será digno de ser su heredero y conseguir por sus obras a la

67 Aquí cita C. 7: 179 <<Son como rebaños. No, aún más extraviados>>.

68 J. Rūmī, *Fibi-ma-Fibi*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 110.

69 *Id.*, *Mathnawī*, vol. I, Municipalidad Metropolitana de Konya, p. 177 (versos 2280-2281).

70 Cf. W. Shakespeare, *Troilo y Crésida*, I.iii.

bella Gracia por esposa. Así, a través de la prueba será como se haga manifiesta la naturaleza de cada uno⁷¹.

Shakespeare, y Calderón, pues, en los pasajes citados arriba y en otros similares indican sutilmente uno de los puntos fundamentales que encontramos en todas las religiones del Libro, a saber, que el ser humano lleva la impronta de lo divino en sí mismo. Las virtudes que vienen del cielo son los bellos atributos o nombres divinos que el ser humano refleja y con los cuales reviste su conducta. Sólo él está llamado a realizar a Dios. En su estado elevado él es potencialmente un espejo puro que refleja los Bellos Nombres Divinos en su totalidad, es este ser adánico original, plenamente desarrollado y espejo del divino. Se trata, por tanto, del proceso de realización espiritual por el cual la forma divina va apareciendo en el ser humano en la medida en que va puliendo el espejo de su corazón. Y en este proceso de realización no sólo conoce a Dios en el grado máximo que le es posible sino que se constituye también en Su ‘califa’ o ‘representante’, lo que implica que a través de él suceden las acciones divinas. Y es a esto a lo que se refiere la tradición profética (*hadiz*) según la cual las acciones devocionales voluntarias más allá de las obligatorias propician la proximidad y el amor divinos, y cuando esto sucede Dios se convierte en el oído con el que el servidor oye, la vista con la que ve, la mano con la que coge y el pie con el que camina.

Finalmente, Shakespeare recuerda que si Dios pone un don es para que se manifieste, y para ello pondrá también los medios necesarios. A nadie se le da un don para que quede enterrado, sino que, como dice el noble Duque de *Medida por medida*, la candela se enciende para que dé luz al exterior⁷².

71 Cf. Calderón de la Barca, *El gran mercado del mundo*, versos 243-293.

72 Cf. W. Shakespeare, *Medida por medida*, Acte I, Escena I.